

EL DIFRAZ Y OTROS CUENTOS

GEMA SEGURA GARCÍA

BELÉN LÓPEZ LÓPEZ

ANA BELÉN MARTÍNEZ SOLER

MARÍA REBECA ALVEAR BELTRÁN

RAFFAELLA GUERCI

VOLUMEN 13



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL DISFRAZ

Y OTROS CUENTOS

GEMA SEGURA GARCÍA
BELÉN LÓPEZ LÓPEZ
ANA BELÉN MARTÍNEZ SOLER
MARÍA REBECA ALVEAR BELTRÁN
RAFFAELLA GUERCI

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2021

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: B. Kaito & MD Riduwan

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El disfraz y otros cuentos*
© De los textos: sus autores
© De la presente edición:
Editorial Espacio para Contar, 2021
C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)
Teléfono: 649 09 08 11
info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-7-4
Depósito legal: MU 1201-2021
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
EL DISFRAZ GEMA SEGURA GARCÍA	11
CEMENTO CON BASE DE GALLETA BELÉN LÓPEZ LÓPEZ	17
EL REINO DE ARCOÍRIS ANA BELÉN MARTÍNEZ SOLER	23
LA AVENTURA AL OTRO LADO DEL MAR MARÍA REBECA ALVEAR BELTRÁN	33
EL PERFUME DE LA VIDA RAFFAELLA GUERCI	43
«AHORA TE TOCA A TI»	53
«ÉRASE TU VEZ»	61
ANEXO	73

AGRADECIMIENTOS

Nuestro agradecimiento, como siempre, a La Casa de la Piedra de Murcia por darnos cobijo en un encuentro con el pasado con un presente confortable.

A Daniel Caballero perfecto en sus diseños y maquetación de nuestros libros, con pericia y eficacia.

A todas las personas que hicieron «Érase tu vez» en otro momento y que tanto nos ayudan con sus comentarios a seguir comprendiendo lo que ocurre en este taller tan especial.

PRÓLOGO

*Cuando emprendas el regreso a Ítaca
desea que el viaje sea largo,
lleno de aventuras, de conocimientos...*

Así comienza uno de las más bellos poemas escritos y que exhorta al lector a seguir el camino sin miedo, con asombro, lleno de aventuras, de cosas increíbles y otras no. Escribir es viajar.

Los días 22, 23 y 24 de octubre de 2021 tuvo lugar la edición número 13 del taller «Érase tu vez», en Murcia, en La Casa de la Piedra y las asistentes —¡sí, todo mujeres, han despertado para reconstruir el mundo!— se lanzaron a la aventura del recuerdo jugando, remando sobre aguas turbulentas unas veces, y otras más calmas cuando el temporal cesaba. Todas tuvieron la valentía de dejarse acariciar por las palabras que surgían de su interior para escribir el cuento maravilloso que ese instante les brindaba. La literatura es viaje y el camino que se recorre está lleno de sorprendentes paisajes cuando es la fantasía quien lleva el timón.

En este libro puedes escuchar la voz que viene del interior de cada una de ellas para encontrar resonancias con tu propia voz. Es la función que han de cumplir los mitos contemporáneos reactualizándose continuamente.

Pasa la página y comienza tu viaje.

EL DISFRAZ

GEMA SEGURA GARCÍA



las tres —siempre a las tres en punto— un pequeño pájaro muy azul se posaba en el alféizar de una ventana en una casa abandonada.

A las tres parecía que el sol parpadeaba.

Ese pájaro no debería estar solo pero se acompaña a sí mismo, igual que el sol, igual que esos hombres que nada ocultan y avanzan sin mirar atrás.

A las tres y cinco comenzaba a cantar y solo se interrumpía cuando la noche se cerraba. El pequeño pájaro en ese gran ventanal cantaba hacia dentro, cantaba para que le escucharan en una casa deshabitada. Su tono era alegre; un canto fuerte y vibrante que, cada día, repetía todas las melodías de su repertorio.

Cada noche se iba y cada día volvía a aparecer a eso de las tres.

Un día un lobo lo observó —fue él quien me contó esta historia—, un lobo que acudía a beber de una vieja fuente el agua que la lluvia dejaba sobre aquella casa en ruinas. Escuchó cantar al pajarito y por eso quiso repetir al día siguiente y al siguiente también y al siguiente, hasta que en una ocasión le silbó y el pájaro huyó tan veloz que hasta el lobo dudó de haberlo visto. Otro día lo esperó en la misma ventana en la que el pájaro cantaba pero el pájaro no vino. Lo volvió a ver cuando se camufló en un arbusto y, en silencio, solo tuvo que esperar.

Puntual como un reloj aterrizó el pájaro en su ventana, se quitó una hermosa pluma azul y cantó como era su costumbre. Al oscurecer alzó el vuelo. El lobo agarró cuidadosamente la pluma olvidada en la ventana, la guardó y esperó con el deseo de que volvieran a ser las tres.

A las tres el pájaro llegó, esta vez se arrancó una bella pluma de la cola y después de cantar volvió a partir.

El lobo fue recogiendo y coleccionando los presentes que el pájaro dejaba. Tenía plumas azules de muchas tonalidades; plumas del ala, del pecho, tantas plumas como para construir un pájaro de ficción. Fue limpiando y prensando cada pluma, las clasificó, las etiquetó en un libro de tapas doradas y, con mucho cuidado, las guardó.

El lobo era un experto coleccionista. Cualquier cosa que le asombrara era candidata a formar parte de su colección. Presumía de tanta variedad y cantidad de cosas que acumulaba, como si acaso fueran útiles, o prácticas, o comestibles. El lobo vivía en una cueva repleta de tesoros a la que se entregó en cuerpo y alma hasta abarrotarla. Era como un museo después de un terremoto, porque este lobo elegante que era amante de la belleza no entendía de orden ni distribución. Era solo un Diógenes que aullaba. Una fiera silenciosa que no sabía que era feroz.

Como la cita de las tres era pasional, casi una obsesión, a las dos y media el lobo ya ocupaba su escondite habitual.

Un día, al posarse el pájaro en la ventana y cantar como siempre, soltó algo y se fue volando.

Dejó su patita. El asombrado lobo la recogió aceptando que al pájaro las patas le sobraban para volar y para cantar.

Día tras día, mientras avanzaba el otoño y se acortaban los días, el pájaro se fue desprendiendo de sus pertenencias; después de las patas fueron los ojos, después la lengua y más tarde el pico. El lobo lo recogió todo cada vez con más asombro y, con mucho

cariño y delicadeza, fue pegando en su cueva cada una de las piezas de este pájaro tan azul para reproducirlo, para que le acompañara, para que se sintiera su amigo y tuviera alguien con quien hablar. A este pájaro de ficción lo llamó «Pájaro de Cielo» y le preguntó si quería vivir con él. El pájaro no respondió, claro, no eran más que plumas, pico y patas sin voz. El lobo se imaginó que había dicho sí y se quedó tan contento.

El lobo estaba feliz con su «Pájaro de Cielo». Sintió que con su amigo ya no había más por lo que luchar, ni tormentas de las que resguardarse, ni alimento que buscar ni siquiera otras razones para vivir.

El pájaro azul, el auténtico pájaro azul, pensó que el lobo aún no había entendido nada y llamó a la puerta de su cueva. Aún eran las doce del mediodía pero el pájaro cantó. Estaba cantando su última canción ante la mirada atónita y la mandíbula descolgada del lobo que no sabía cómo reaccionar. El pájaro, al terminar, se fue volando y el lobo le siguió; el pájaro aceleró su huida y el lobo también y en esta persecución veloz el pájaro vino a aterrizar, ya sin voz, en su ventana, justo a las tres en punto. Por primera y última vez se adentraría en la casa, y desapareció.

El lobo, que no esperaba este final, escuchó un aplauso en el interior de la casa, enmudeció y se quedó esperando; pero ni al anochecer, ni al día siguiente, ni a las tres, ni nunca más lo volvió a ver. Se fue el lobo a su cueva porque a la casa abandonada no se atrevía a entrar, iba con pena pensando que su vida quedaba vacía sin la rutina de acudir a ningún sitio, sobre todo por la tarde, desde las tres hasta las diez. Quedó sin juego al que jugar y sin ganas de coleccionar. Quedó soñando con las melodías del pájaro azul que no quería olvidar. Aprendió solfeo por el deseo de reconstruir aquel canto tan azul y, cuando ya de música supo, esa melodía que su ronca voz no sabía reproducir la empezó a escribir, como en un pentagrama, por todo el bosque en clave de sol. Escribía aplas-

tando el musgo, o sobre las piedras con arcilla mojada, o en los troncos con piedras afiladas, con las hojas caídas... todo el bosque era una silenciosa melodía esperando ser cantada mientras el lobo la soñaba.

Después aprendió a coser y tejó un bello abrigo de su talla con todas las plumas azules que antes eran su pájaro de ficción. El lobo caminaba orgulloso enfundado en sus plumas azules, sus plumas al aire, por el bosque que cantaba.

Todos los animales del bosque comenzaron a sospechar.

—¿Quién se cree que es? —decían. Y faltos de entendimiento y recelosos de su actitud atrancaron la puerta de su cueva y lo mantuvieron encerrado hasta que volviera a aullar.

No aulló porque se ahogó de miedo.

Y cuando le volvieron a abrir después de tanta espera y tanto silencio, agarró su disfraz de plumas y lo dobló ceremoniosamente sobre su brazo. No miró a nadie. Avanzó y no dijo ni mu. No escuchó a nadie y no atendió a ninguna razón. Fue caminando lentamente hasta llegar a la ventana donde un día encontró una ilusión en forma de pájaro azul. Allí se puso el abrigo. Se puso las patitas del ave, su lengua, sus ojos y el pico —sabía muy bien lo que tenía que hacer— y comenzó a cantar.

Las vacas se espantaron. Lagartos y conejos huyeron atemorizados. Las moscas ni lo olieron. Nadie quedó ante espectáculo tan incomprensible, salvo una rana verde que lo espió desde la charca que ocupaba la fuente donde un día el lobo bebió. Eran las tres de la tarde y el cuento, como un ciclo, volvía a comenzar.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

CEMENTO CON BASE DE GALLETA

BELÉN LÓPEZ LÓPEZ

 n muro de mármol. Un muro agrietado y con aspecto ruinoso. Ella sabía que solo tenía que clavar el cincel en una de sus mil grietas y el cemento endurecido caería desmigajado como se desmigajaban las galletas encima del vaso de leche. Una, otra y otra, las devoraba con la sutileza de una niña con el único propósito de merendar en paz. Pero merendar en paz es imposible cuando tu casa se encuentra en la cima más alta, del monte más alto, del pueblo más alto, y las aves salvajes sobrevuelan por encima de esa pasta espesa de leche y galletas. Fue, de hecho, en el preciso instante en el que levantaba una galleta más para unir a la mezcla, cuando un águila de plumas escarchadas la agarró bruscamente arrebatándole la merienda y con ella su inocencia.

No se lo pensó dos veces y con una nueva sensación de levedad cogió apresurada la mochila más a mano, la lleno con útiles —algunos inútiles— que agarraba a ciegas sin poder quitar la vista del águila y decidió que la manera más rápida, que no la más utilizada, de alcanzar a la ladronzuela rapaz sería lanzarse por el costado de la cima más alta, tenía el mar como colchoneta para caída tan libre. Lo que ocurrió es que la ecuación de altura del salto y peso de la mochila mas libras de carne, hicieron que su cuerpo se hundiera —a pesar de los aspavientos en contra— en la arena

más profunda, del océano más profundo. Su cuerpo al fin se calmó y se rindió a la simple idea de morir en silencio, consumiendo el poco oxígeno restante e imaginando al mismo tiempo a qué sabría esa galleta arrebatada. Qué grande fue su sorpresa, cuando se descubrió pensando un buen rato sin síntomas de asfixia. Abrió los ojos con miedo y no podía creer lo que veía, había ido a caer, con el empuje de la corriente del norte, en una caverna de los mares. Una caverna de este tipo no se ve todos los días y lo que ella no sabía aún, es que la nave hundida y llena de oxígeno en la que se había colado al caer era el famoso navío que surcó mares, cielo y carreteras en busca de un tesoro, hasta que naufragó al chocar con la Isla de la Desesperación.

Comenzó a registrar el barco buscando curiosidades misteriosas. Quién sabe si habría algún mapa apto para valientes niñas con ansias de tesoros. Vislumbró a lo lejos una caja vieja y agrietada, pero con aspecto cuidado y femenino. Quizá fuese de una princesa traviesa cansada de protocolos, o de una pirata chata que soñaba con un trocito de tierra para establecerse y tener su huerto. La abrió con la delicadeza que merece una historia que no pudo ser contada y, sin llegar a destaparla del todo, un pequeño saltarín excitado salió de su encierro y rebotando con todo lo que se cruzaba. Ella solo veía un haz de luz verde en constante movimiento.

—Para, por favor —le susurraba con cariño una y otra vez.

Pero ante la desesperada escena en la que el movimiento de este pequeño ser se convertía en estrés para ella, una pelota de rabia le salía escupida por la boca en forma de grito:

—¡Para! ¡Descansa!

El pequeño duende con piernas de bailarín, lengua de camaleón y alas de libélula, se paró en seco, se detuvo sobrevolando a la altura de la mirada de su compañera, y con ojos saltones la analizó detenidamente realizando la milenaria técnica de escaneo. A continuación se produjo un silencio ensordecedor y, acto seguido, se

echó a reír como un loco que ha descubierto la cura para todos los cuerdos.

—¿No tienes nada más que decir? Me pones nerviosa.

El pequeño ser cortó súbitamente su carcajada y con un tono grave que nada encajaba con su pequeño y ecléctico aspecto ordenó:

—Sígueme.

Ella, atraída por la intriga de tal suceso se olvidó del miedo, corrió, nadó y flotó detrás del duendecillo. Por un momento quiso parar a cuestionar la locura de abandonar el navío oxigenado para lanzarse a una aventura sin garantías, pero si se paraba a meditar la decisión lo perdería de vista, por lo que tuvo que dejar a un lado la mente y aferrarse a su intuición como a un chaleco salvavidas que, con mágico misterio, la hizo nadar con fuerza y decisión. Tanta que ni se percató de una manada de orcas que seguían su trayectoria creando corrientes de empuje.

Llegó el momento de salir a la superficie; sacó la cabeza, después una mano con dedos estirados como queriendo alcanzar el firmamento; la otra mano agarró en el aire al escurridizo duende. Después, el pecho —esa fue la mejor parte— se permitió ser el protagonista y se hinchó apoderándose de todo el oxígeno que abarcaba su diámetro. Sacudió la melena con soberbia sexualidad y anduvo hacia la orilla descubriendo un cuerpo maduro y descarado. El duendecillo, satisfecho, se escondió entre sus mechones.

Llegó a la orilla desorientada, sin aliento, levantó la cabeza y lanzó una mirada penetrante que como flecha se clavó en todas y cada una de las miradas que enfrente suya observaban. Miradas de seres pequeños y grandes, algunos brillantes, muchos incompletos, algunos monocolor y otros parcheados de texturas diversas. Seres de diferentes sabores, una de ellas olía a incienso, pero enseguida robó su atención otro con olor a bizcocho de chocolate recién horneado.

Se hallaba absorta entre tantos estímulos cuando de pronto, un ser grande y brillante como un espejo se abrió paso entre la

multitud y, a pesar de la exagerada belleza que lo vestía, no pudo evitar trasladar su mirada unos centímetros hacia su brazo derecho, donde reposaba dócil aquella águila desvergonzada que estando en la cima más alta adulteró su quietud para robarle algo preciado y que ahora no era capaz de recordar. Esto no le supuso frustración porque en ese momento, asombrada y perpleja, vio cómo el águila movía su pico y hacía salir una voz melódica e infantil que, con tono de inocencia, verbalizó una acogedora bienvenida. Y cuando le preguntó a la joven quién era, fue entonces y solo entonces, cuando ella comenzó a contar.

DE RAÍCES Y OTROS REINOS

ANA BELÉN MARTÍNEZ SOLER

Desde los más profundo de la tierra nacen los árboles más viejos y sagrados, esos árboles están habitados por miles de insectos, entre ellos Jaana, la hormiga voladora, la mejor trepadora, la más rápida volando, entre su especie.

Toda su familia vivía en las ramas y hojas del árbol más especial del planeta, era un árbol gigante, robusto, un Ficus de más de doscientos años de antigüedad.

Como os decía, en el árbol no solo vivía Jaana y su familia sino cientos de familias de hormigas voladoras, luciérnagas, escarabajos, termitas, ardillas y, de vez en cuando, visitaban este árbol algunas ranas voladoras, pero iban de tránsito.

El gran miedo de Jaana era encontrarse con Rita, una termita que habitaba en la parte más alta del árbol. Hacía tres días que Rita, tras una discusión, le había mordido y dañado el ala derecha y todavía no podía volar.

Jaana era una hormiga alegre, divertida, soñadora, le encantaba volar a otros árboles y visitar lugares donde nunca había estado y lo hacía a diario, pero en tres días, su vida había cambiado, se había quedado parada, sin poder volar y salir a explorar otros mundos, por lo que estaba muy triste, solo podía pasear entres las ramas y hojas de su árbol, su ciudad, su casa.

Un día dando un paseo por las ramas principales conoció a Ero, una hormiga voladora que movía sus alas, parecía estar bailando.

—¡Hola! —dijo Ero.

—¡Hola! —contestó Jaana.

—¿Vives en este árbol? Nunca te he visto por aquí.

—Sí, siempre he vivido aquí con mi familia. Vivo en la zona este con mis padres, mis cuatro hermanas y mi hermano mayor.

—¿Y por qué nunca te he visto?

—No sé, tal vez porque yo suelo irme lejos, me gusta volar y conocer otros lugares y sitios diferentes, ¡busco más colores que los que hay en este árbol!

—¿Conoces Anillo Arcoíris?

—No —dijo Jaana— ¿dónde está ese lugar?

—Muy cerca de aquí, ¿te apetece ir a verlo?

—Me encantaría —contestó.

Jaana y Ero comenzaron un viaje que, aunque fue corto, nunca olvidarían. Comenzaron a descender del árbol a la vez que iban hablando de su vida y conociéndose un poquito y durante ese camino, corteza tras corteza, bajaron jugando y cantando. Las dos tenían las mismas canciones favoritas y a las dos hormigas les gustaba descubrir lugares nuevos, jugar y esconderse entre las hojas y flores del bosque, saltar y deslizarse en las hojas tras la lluvia, como si de un tobogán se tratara. ¡Ah! y columpiarse en los tallos de las hojas. Parecían «almas gemelas».

Cuando estaban a punto de llegar a Anillo Arcoíris, comenzaron a sonar unos tambores, que avisaban que todos los animales del bosque tenían que regresar a casa, llegaba la noche, así que quedaron en verse al día siguiente.

Esa mañana Jaana se levantó muy emocionada, desayunó, más rápido que nunca, una tostada con aceite, cuatro huevos fritos de codorniz, zumo de naranja y dos nueces «que su madre le decía siempre que eran muy buenas para el cerebro».

Quería ver a Ero y emprender el camino hacia aquel lugar maravilloso llamado Anillo Arcoíris.

No podía volar pero sí correr y eso hizo, echar a correr, cuando de pronto apareció Rita, la termita, su gran miedo de los últimos días.

—¿Adónde vas? —le preguntó Rita.

—He quedado con un amigo y vamos a visitar a a aanillo ar ar arcoooíris —contestó temblando, pues no se atrevía ni a hablarle.

La termita Rita era asquerosa, pegajosa y un poco peludita, siempre estaba molestando al resto de animales que convivían en el árbol. Les insultaba e incluso mordía, si no hacían lo que ella quería. Era «Rita ¡la termita que irrita!».

—¡Ja ja ja! —se rió Rita— eso es lo que tú te crees.

Sacó de su mochila unas cadenas y le ató las cuatro patitas a una rama, quedando así encadenada y sin poder moverse. No pudo ni salir volando, pues su ala derecha seguía dañada.

Ero que llevaba un rato esperando —dijo.

—¡Qué extraño! ayer parecía que estaba entusiasmada —y decidió ir a buscarla.

Comenzó a volar y a los pocos minutos escuchó:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Estoy aquí! ¡Estoy atrapada como un pulpo, pegada a esta rama!

Ero reconoció su voz y fue hacia donde se encontraba Jaana.

—¿Qué te ha pasado?

—La termita me ha encadenado.

—No te preocupes, enseguida vuelvo. Ero se marchó a casa de un familiar que vivía cerca, le pidió unas tenazas y volvió rápidamente para cortar las cadenas que privaban de libertad a Jaana.

Por fin estaba libre y emprendieron el viaje hacia Anillo Arcoíris.

—¿Sabes qué te he traído? —le preguntó Ero.

—No. ¡Un caramelo!

—No.

—Un chupa chups.

—Tampoco, todo eso estropearía tus dientes. Te he traído un paraguas.

—¡Un paraguas! ¿Y para qué quiero yo un paraguas? no llueve.

—Efectivamente, no llueve, es el momento perfecto para volar.

Ero abrió el paraguas y le dijo a Jaana que lo sujetara, la cogió por la cintura y se lanzaron juntos al vacío, el paraguas hizo de paracaídas, así llegaron a la parte baja del árbol y tocaron el suelo.

Cayeron en una zona, de hierba frondosa, algunas hojas secas amortiguaron también la caída, que sonó algo así como: ¡kraft! ¡kraft!

Jaana pensó que se había roto algún hueso, pero no, al ver que los dos estaban bien, saltaron de alegría. Era lo más emocionante que habían hecho y lo habían hecho juntos.

Ahora tocaba escalar un poquito por las raíces más grandes que sobresalían de la tierra. Tenían que encontrar la gran corteza debajo de la que se encontraba Anillo Arcoíris. Ero no sabía con exactitud el lugar, pues nunca había estado allí, pero su padre se lo había explicado con toda clase de detalles.

«La raíz más protuberante que sobresale de la tierra déjala a tu derecha, sube unos cincuenta centímetros y gira a la izquierda, puedes ir por dos caminos, por el más corto tienes que ir arrastrándote y es más oscuro, por el camino más largo debes escalar un poco más y una vez dentro de la corteza debes volver a bajar».

Eligieron el camino más largo y cuando estaban a punto de adentrarse en la corteza apareció Bemba, una especie de oca gigante con cara de pez, dos alas de unicornio, cuatro patas y cola de reptil.

—¿Y tú quien eres?

—Soy Bemba.

—¿Y de dónde eres?

—De una isla flotante que vuela por todo el mundo.

—¿Y qué haces aquí?

—Vengo a entregaros estos polvos mágicos.

—¿Y qué hacemos con ellos?

—¡Ya lo sabréis! —dejó caer una bolsita de tejido cerca de Ero y se fue volando.

Ero y Jaana se miraron asombrados, nunca antes habían visto a tal especie sobre la tierra. Ero recogió la bolsita de algodón y la echó a su mochila, siguieron su camino y por fin llegaron a Anillo Arcoíris.

¡Era fascinante!, el viaje había merecido la pena. En la madera, bajo la gruesa corteza exterior, había un anillo precioso, resplandeciente y brillante, con todos los colores del arcoíris, era un arcoíris simétrico, rojo, naranja, amarillo, verde, azul claro, azul oscuro, violeta y rosa. Los colores se iban repitiendo en ese orden hasta llegar a los doscientos anillos, que eran los años que tenía el árbol, su casa.

Pasaron ahí la tarde, merendaron, escucharon música y bailaron, se hicieron unos selfies e incluso grabaron un TikTok.

Llegó la hora de volver a casa —ahora tocaba escalar a la parte alta del árbol—, de repente, una ardilla voladora saltó al árbol y dijo muy asustada:

¡Vengo de la ciudad y he oído que vienen a talar este árbol! Las termitas se han apoderado de toda la parte alta y está descompuesta, por precaución quieren cortar el árbol con una enorme sierra. ¡Tenemos que hacer algo!

Jaana y Ero no podían ni imaginarse que su hogar y el de cientos de familias pudiera ser derruido.

¡Vamos a pensar y actuar! ¡Rápido! ¡Subamos a avisarles a todos!

Los tres llegaron al centro del árbol e intentaron reunir a la mayor parte de animales posibles. La ardilla voladora volvió a contar todo lo que había oído en la ciudad, que el árbol iba a ser cortado y que debían hacer algo para evitarlo, o se quedarían todos sin casa.

Las luciérnagas propusieron encender su luz todas a la vez para encandilar a los humanos, pero después pensaron que ellos llevarían grandes linternas y las encandilarían a ellas.

Los escarabajos dijeron de hacer un escudo alrededor del tronco por la zona que pensaban que iban a cortar, pero pensaron que las sierras empleadas por los humanos también los cortarían a ellos.

Una rana voladora que pasaba por ahí comentó que podía avisar a su familia y amigos y saltar sobre los humanos para impedir que cortaran el árbol, pero pensó después que eran demasiado pequeñas e inofensivas para los humanos.

De repente Jaana dijo:

—¡Los polvos! ¡Los polvos mágicos!

Ero sacó de la mochila la bolsita de tejido, un tafetán de algodón, la abrió y en su interior habían unas bolitas muy, muy pequeñas, con todos los colores del arcoíris.

—¿Y qué hacemos con esto? —dijo Ero.

—No sé, Bemba nos dijo que eran polvos mágicos, tal vez podamos sanar el árbol y evitar así que lo corten.

Cada animalito cogió una bolita y las ardillas y ranas voladoras, que habían acudido al ver tanto alboroto, se ofrecieron a llevar sobre ellas a todos los animalitos para llegar lo antes posible. Subieron todos a lo alto del árbol y dejaron caer las bolitas.

De pronto, ¡apareció la magia! Las bolitas, como si fuera nieve de colores, comenzaron a caer sobre el Ficus y éste comenzó a recuperarse y adquirir un color tan verde que resplandecía desde kilómetros. A lo lejos ya se divisaban los humanos, eran leñadores.

Cuando llegaron al árbol, creían haberse equivocado, no lo podían creer, era el árbol más sano y fuerte del mundo entero.

—¿Qué ha pasado? —se preguntaban unos a otros.

—¿Es ese el árbol que hay que cortar?

—No, no puede ser, estará ladera más arriba —y se fueron a buscarlo.

—¡Anda! ¡Pues aquí no esta!

—¡Aquí tampoco! —dijo otro leñador que había ido ladera abajo.

Cansados de dar vueltas decidieron irse a casa.

Los habitantes del árbol no podían creerlo, daban saltos, volaban, se abrazaban y reían de alegría y Jaana dijo:

—Si todos trabajamos en común por este árbol, siempre será verde y existirá esperanza. ¡Y el árbol será duradero, como K partido de cero!

¡Y árbol arreglado!

Si quieres comienza a leer otro cuento, pues éste se ha acabado.

*Dedicado a mi madre,
mi fuerza monumental.*

LA AVENTURA AL OTRO LADO DEL MAR

MARÍA REBECA ALVEAR BELTRÁN

Había una vez una niña que caminaba junto al arcoíris, iba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, cruzó montañas, se refundió por bosques frondosos con un verdor de fábula en los que encontraba todo tipo de animales con los que compartía el aire que respiraba, el azul precioso del cielo, las aguas cristalinas de los ríos, el olor de las flores, plantas y árboles. Especialmente el olor a madera lo tenía impregnado en su memoria, era un olor que le gustaba mucho. Cuando cruzó el mar, disfrutaba viendo rebaños de cabras salvajes que se asomaban por los acantilados saltando de roca en roca con sus retoños, su deleite era la naturaleza. Un sin fin de cuevas misteriosas encontró por el camino, vio pinturas rupestres con pequeñas huellas de manitos, huellas de osos, pumas, leones, venados, aves exóticas, delfines, etc.

De pronto, asomó la figura de un animal en peligro de extinción, era un cóndor con sus alas desplegadas que se defendía de los buitres que querían devorarlo. Junto a los feroces buitres había unos preciosos polluelos, blancos como el almíbar, que estaban famélicos y su madre buscaba algo para darles de comer.

Después de un largo recorrido en su última expedición, la niña se hizo mayor, era ya una mujer con una cabellera de rizos de un castaño precioso, tenía la mirada triste pero su sonrisa ilumi-

naba su rostro, tenía la tez blanca, era una chica discreta, humilde, valiente y sobre todo aventurera, le encantaba la naturaleza y las mates, fue innovadora en su tiempo.

Ocurrió que la niña al hacerse mayor echaba de menos a su familia y antes de volver a su morada descubrió un hermoso valle, «era el valle de la longevidad», parecía que allí se hubiese detenido el tiempo.

En ese paraje tuvo muchas experiencias de las que ahora os voy a contar.

Primero oyó el gorjeo de un hermoso pavo real con su cola majestuosa desplegada, abriendo y cerrando su plumaje de encanto.

¿Qué cómo se llamaba este pavo real?

Este pavo real tenía el nombre de Nitú, y bailaba su danza para conquistar a Fidi, que era una pavita sublime que acababa de llegar a su querida tierra. Su baile no le fue indiferente, la pavita cayó en sus redes, se emparejaron y tuvieron ocho polluelos, su primer pollito murió y los demás permanecieron unidos, estos pavos vivieron juntos para siempre y cuando sus polluelos se hicieron mayores, cada uno alzó el vuelo a buscar su propio edén.

También había una cobaya de color blanco y negro que se llamaba Yosi. El destino de esta cobaya cambió cuando se emparejó con un conejo negro con el que hizo crecer su familia en el sitio menos pensado y allí vivió con mucha disciplina y organización, además era una cobaya muy hacendosa y su tiempo lo cronometraba.

Estaba un gallo llamado Tuquí que cantaba cada hora en su gallinero y los otros contestaban más raudos que una paloma en vuelo, avisaban que hacía buen tiempo o que llegaba el atardecer y alertaban de que no te acuestes sin algo nuevo que aprender.

El gallo Tuquí era altivo y tenía una gallardía única, se unió con una gallina guinea que no tuvo conexión; al cabo del tiempo se emparejó tres veces pero ninguna fructificó, así que decidió vivir solo y a su libre albedrío.

La cigüeña Deli era admirada por su abnegación, conoció a un cisne negro que anduvo mucho tiempo solo en busca de la pareja ideal. Esta le pidió al cisne que viviera en su nido, pero como este pesaba tanto se caía cada cierto tiempo, a pesar de los traspiés vivieron mucho tiempo juntos, como no tuvieron prole viven en libertad, unas veces aquí y otras veces allá, donde les permite el vuelo.

La perrita Lula era muy buena, le encantaba socializar, no había animal que no fuera su amigo, era muy franca y se caracterizaba por decir la verdad. Creció y su solidaridad aumentó, daba de lo que no tenía. Ya adulta tuvo dos lindos cachorros, los crió sola porque no pudo vivir con ataduras.

La paloma Sheyla vivía llena de sueños, que en la vida si no sueñas, no puedes sobrevivir. La paloma Sheyla un día alzó el vuelo para buscar su porvenir, vivió muchas aventuras en la gran ciudad, pensó vivir una vida tranquila pero fue todo lo contrario, no paró de trabajar era como una hormiga en su hormiguero, siempre meticulosa, siempre ajetreada. Iba presurosa cuando alguien la necesitaba y, aunque

se llevaba desengaños, siempre volvía a empezar, no se daba por vencida. Estaba convencida de que en cada uno de sus viajes debía ir ligera de equipaje, vivía con mucha ilusión y era siempre agradecida. Ella decía que un hada la protegía, que era como su madre; daba cariño a todos y así mismo era correspondida. Vivía en un árbol con las ramas muy fuertes, no recordaba su nombre, roble, romero o guayacán, solo recordaba que era alto, casi como una secuoya.

El papagayo Rori creció muy mimado, fue cuidado por todos en su hábitat, era muy parlanchín, era el líder de su entorno, orador como él solo, aclamado por todos estaba en su papayal, su algarabía y alegría era desbordante y tenía mucha energía. Interactuaba con todos y se dejaba llevar por su corazón que estaba lleno de amor.

Un día fue engañado por una familia de cuervos, fue desplumado entero y enjaulado injustamente, fue una semana que le pareció eterna, sufrió la desidia en ese encierro pero como era luchador nato no se dejó amilanar por lo que le sucedió, aprendió de esa experiencia negativa, reconoció que es una lección de vida y no debe desfallecer. Buscó un rumbo nuevo a su vida y después resucitó como el Ave Fénix. Se propuso construir su nuevo hogar y así lo hizo, encontró su pareja ideal, vivió el idilio perfecto, pero al eclosionar los huevos de sus lindos polluelos, su pareja cambió, pero eso no fue impedimento porque entre papagayo y polluelos, había mucha conexión y se querían mucho.

Al búho Pol, lo llamaban lechuga porque un día con sus travesuras se regó un bote de pintura verde y quedó verde como una lechuga.

Era muy aventurero, de mirada abrumadora, inteligente, inventivo, encantador y un poco payasete, a su madre búho la pinchaba mucho y siempre había risas a su alrededor, fue un consentido por su madriguera, era amiguero y le gustaba jugar a las canicas y también le gustaba el rock. Su casa del árbol tenía muchos posters, su canto fue aceptado por todos, ya no pensaban que era agorero, ahora disfrutaban de su ingenio y de su música infernal.

Y así pasaron los meses, el tiempo estival llegó, el búho salió volando y en un cocotero se dio, no veía, estaba ciego y el aguacero lo mojó, con el pico torcido quedó, espantado volvió a su nido en andas de sus amigos que para animarlo, armaron un gran fiestón.

En este gran fiestón, surgió una gran competición y se forjó una gran amistad, cuando se retaron.

El perro le dijo a la cobaya:

—Deja de roer.

A lo que la cobaya le dijo:

—Si quieres hueso ven a por él.

El gallo le dijo al búho:

—Yo canto mejor que tú.
Y el búho le contestó:
—Yo miro mejor que tú.
El pavo real le dijo a la cigüeña:
—Mira mis colores.
Y la cigüeña le contestó:
—Mira mi pico dorado.
El papagayo le dice a la paloma:
—Soy más listo que tú.
Y la paloma le contesta:
—Yo soy enviada de Dios.

En la fiesta el búho se enamoró de una lechuza blanca que lo encandiló por siempre, tuvo dos hermosos polluelos y con ellos disfrutó en un nuevo campamento.

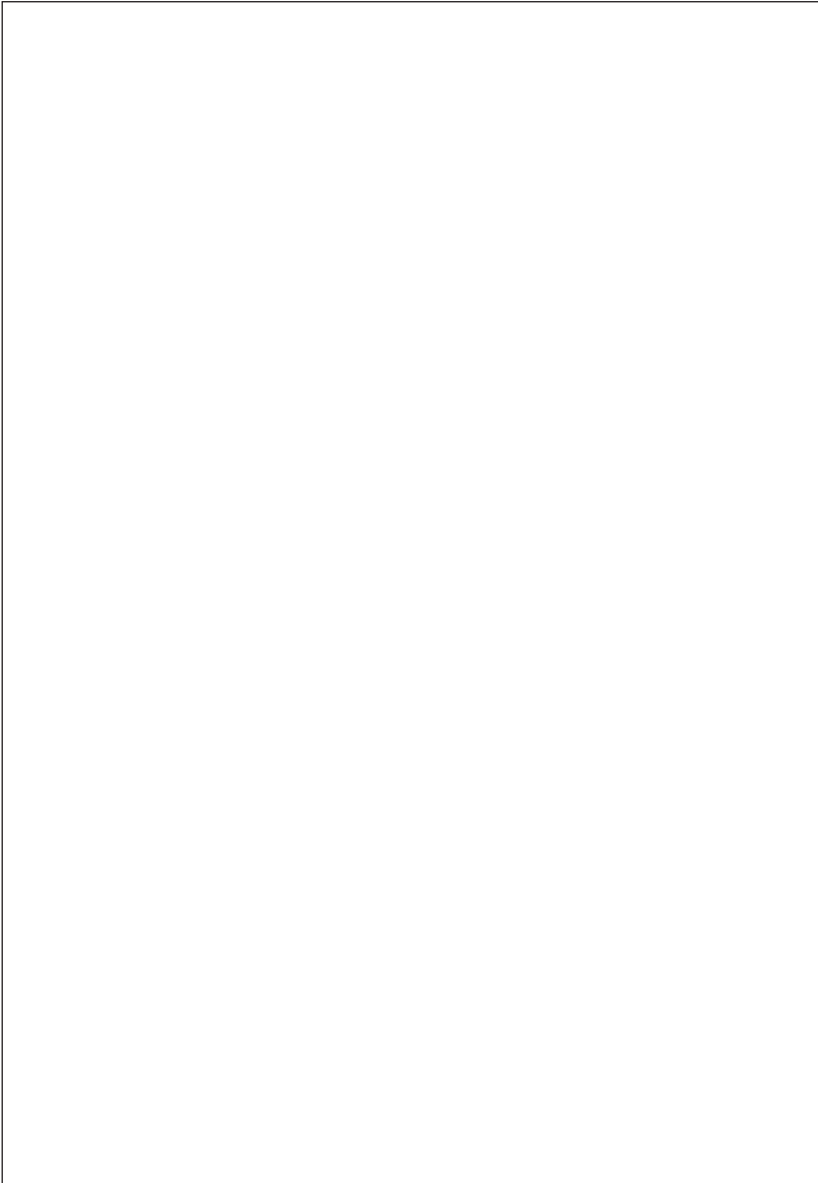
Finalmente, la niña convertida ya en mujer, volvió al mundanal ruido, dio fe de sus andanzas por tierra mar y cielo y, aunque todo le parecía desconocido y nuevo, para no aburrirse evocaba lo vivido en su experiencia anterior.

Y así termina la historia, vivió una gran aventura cruzando al otro lado del mar.

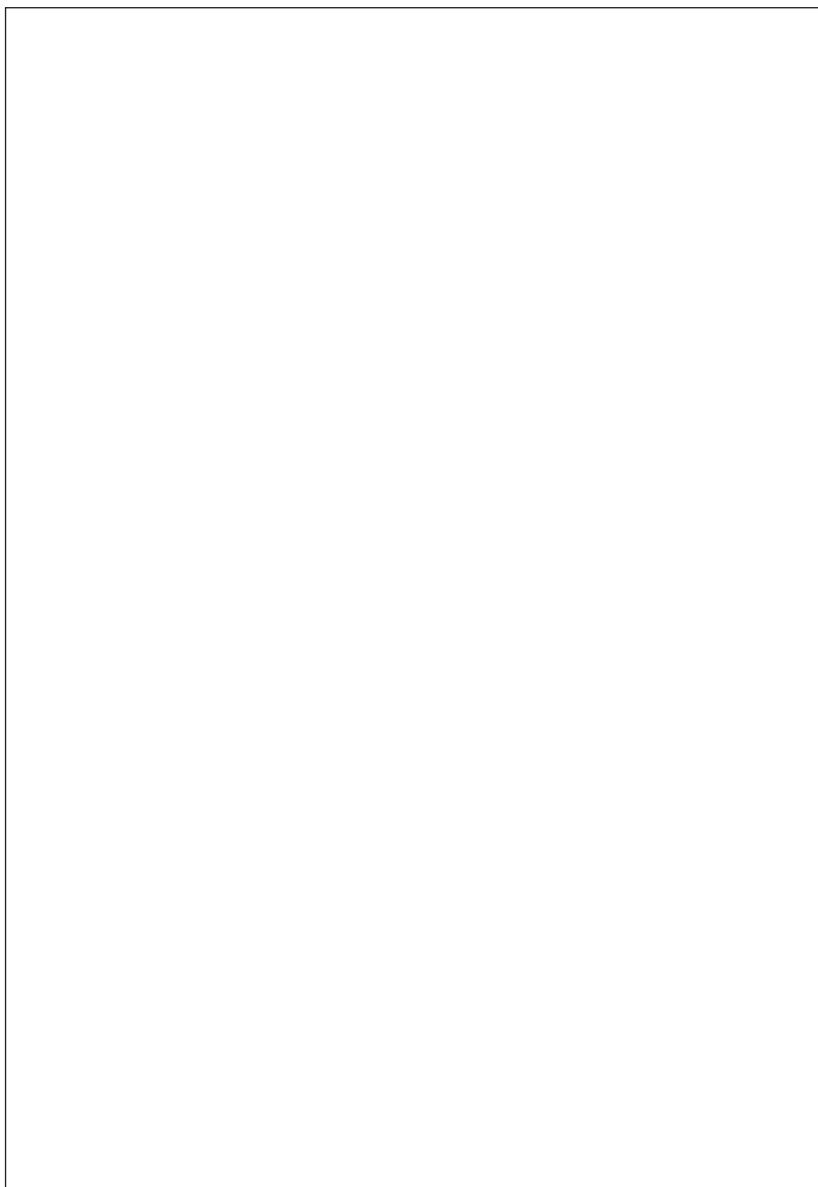
Y colorín colorado que esta historia ha terminado, fin, serafín, fin, finalin.

Es deseo de la autora del anterior cuento que haya algunas páginas en blanco donde puedas dibujar los personajes que aparecen en su relato. Aquí te las dejamos, con su marco y todo, para que vuele tu imaginación.

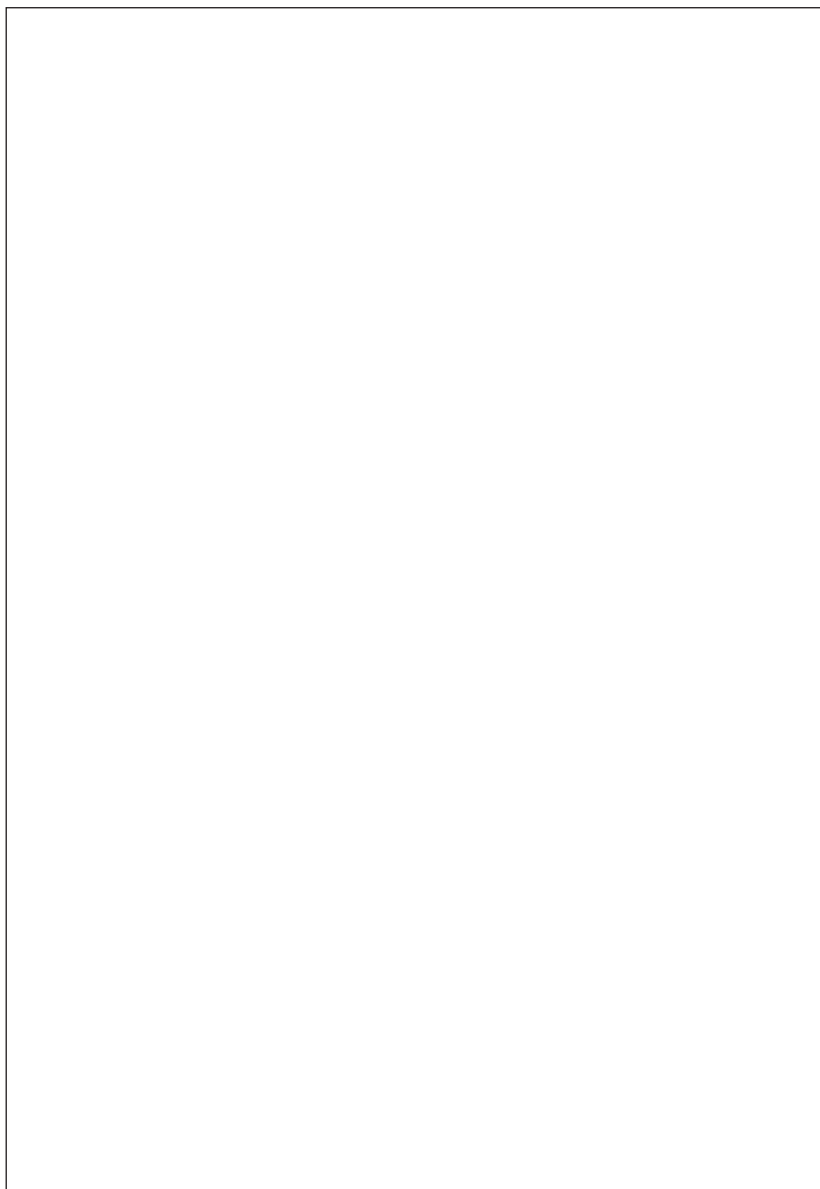
Dibuja aquí los personajes que aparecen en el relato



Dibuja aquí los personajes que aparecen en el relato



Dibuja aquí los personajes que aparecen en el relato



EL PERFUME DE LA VIDA

RAFFAELLA GUERCI

*Dedicado a mi mamma, a mi papá y a mi hermano Andrea
que son las estrellas que me iluminan el camino.*

Había una vez una joven mujer de nombre Andrea que vivía en una ciudad Medieval llamada Cospeng. Tenía el pelo rizado, largo y de un color brillante y ojos de color verde intenso. Era alta y delgada. Vestía de manera sencilla y tenía desde pequeña un collar con un amuleto que le había dado su abuelo antes de morir.

Tenía dos hermanos, uno mayor que ella que se llamaba Giorgio y otro más pequeñito que se llama Marco. Su padre era un marinero y la mayoría del año estaba fuera de casa, mientras su *mamma* limpiaba la casa de una noble familia que se llamaba Duran.

Andrea trabajaba en un banco del mercado vendiendo fruta. Era una chica que resplandecía por su belleza interior, por su fortaleza y determinación. Le gustaba reír y jugar y cuando terminaba de trabajar iba con su hermanito al bosque para jugar con el arco y las flechas.

Tenía muchos amigos, y las mujeres tenían envidia de su belleza, y cuando la veían pasar por el pueblo se reunían y hablaban mal de ella. Pero Andrea en su corazón las perdonaba porque sabía que ellas, en su interior, no eran malas.

Un día después del trabajo se fue a recoger a su *mamma* a la

casa donde trabajaba y mientras esperaba, escuchó hablar al dueño de la casa con un hombre que no le gustaba nada.

La chica, para no ser vista se escondió detrás de una cortina. Los dos hombres estaban tomando whisky y discutían fuerte. Andrea sentía que aquella conversación no era nada bueno.

—¿Has entendido todo? El viernes por la noche ve a prender fuego al castillo donde vive el príncipe Felipe y mátalos. Quiero que me traigas una prueba de que el príncipe está muerto —dijo el dueño—. Una vez que el príncipe esté muerto yo seré el nuevo patrón de todo el reino y podré casarme con ANDREA. Cuando hayas cumplido con tu trabajo te daré el dinero. ¡Ahora vete, que viene mi mujer!

Andrea que había escuchado la conversación se congeló. Dejó salir a los hombres de la habitación y saltó por la ventana y corrió hacia su *mamma* que ya había salido del trabajo. Se acercó a ella le dio un abrazo y la empujó a una callecita para contarle lo que había escuchado, La *mamma* se quedó boquiabierta. No se esperaba que su amo pudiera ser tan mala persona. Casi se desmayó en el suelo y Andrea tuvo que sostenerla. Intentando respirar volvió en sí y con las fuerzas que le quedaban y ayudada por la hija se dirigieron a la casa. Una vez llegaron decidirían qué hacer.

Se estaba haciendo de noche, en las calles se olía el aroma de la sopa, se escuchaban a las familias charlar alrededor de la cena.

Andrea ayudó a su *mamma* a tumbarse en la cama. La noticia le había quitado todas las fuerzas.

Mientras tanto llegaron los dos hermanos que habían vuelto del castillo, Giorgio era consejero del príncipe y tenía una profunda amistad con él.

Andrea se lanzó hacia él, lo abrazó y se puso a llorar. No podía parar de llorar y no encontraba las palabras para contarle lo que iba a ocurrir.

El joven la acompañó a la mesa, la hizo sentar y fue a por un

vaso de agua. Después de algunos minutos la joven le contó lo que había oído. Giorgio, movido por el enfado se levantó de golpe, hizo caer la silla y golpeó la mesa gritando:

—¡Maldito sea! Sabía que era un mala persona. Sin pensar corrió hacia su caballo, y se dirigió hacia el castillo. Andrea intentó correr detrás, pero Marco viendo la escena se puso a llorar y ella dio la vuelta y se fue con él.

Era ya de noche y Giorgio no volvía. Andrea se había tumbado en el sofá y tenía sobre su pecho a su hermanito. De repente se abrió la puerta y entraron los tres bandidos, uno cogió la botella que estaba en la mesa y se dirigió hacia la habitación de su *mamma* y la mató golpeándola con la botella. Los otros dos hombres se lanzaron hacia Andrea y Marco. Le quitaron al pequeñito y secuestraron a la chica. Ella intentó defenderse pero no pudo con los dos. La golpearon en la cabeza, la cargaron sobre el caballo y la llevaron fuera de la ciudad, a una cueva. Marco había conseguido entrar por un pasaje secreto que el papá había construido para el caso que ocurriera una situación de este tipo.

El ladrón que había matado a la madre creyendo que ya no había nadie en la casa se fue. El niño se quedó allí en silencio, sin respirar, esperando.

El día estaba naciendo y la ciudad empezaba a despertarse.

Gabriele, el amigo de Andrea como cada mañana fue a su casa para ir juntos al trabajo. Cuando se dio cuenta que la puerta estaba abierta empezó a correr hacia ella. Entró y se puso a gritar si había alguien. Oyó un ruido que llegaba desde la pared y empezó a golpear gritando y preguntando quién estaba allí. El niño abrió la puerta y se lanzó llorando hacia él. Le contó lo que había pasado. Gabriele cogió en brazos al pequeñito y corrió hacia el castillo.

En otro lugar Andrea comenzaba a despertarse. Tenía la cabeza sangrando y le dolía muchísimo. Miraba alrededor y solamente

veía roca y todo era oscuro. Intentó levantarse pero no pudo porque estaba atada.

Los ladrones habían cerrado la cueva con una piedra y habían puesto arbustos para ocultarla.

Gabriele había llegado al castillo y había contado lo que había visto en la casa de Andrea, y pidió a la guardia poder ver a Giorgio y al príncipe. Los soldados se acercaron al príncipe y después de un tiempo lo hicieron pasar. El castillo era muy grande. Para entrar tenía que responder a un enigma. Gabriele ayudado por sus maestros invisibles consiguió adivinarlo y el puente bajó. Guiado por la guardia a través de un laberinto hecho de plantas y árboles, se encontró dentro de una habitación grandísima. Gabriele y Marco estaban en el centro de la habitación cuando las puertas se abrieron y el príncipe, seguido por Giorgio entró. Marco corrió hacia su hermano que lo levantó y lo abrazó fuerte.

El príncipe viendo aquella escena se puso tierno. Siempre había querido tener un hermano pero su madre después que lo tuvo a él se enfermó y no pudo tener más hijos. Y por esta razón él sufrió mucho de soledad. Fue un niño que tuvo los mejores juguetes, la mejor educación, aprendió a tirar con el arco, ir a caballo... pero nunca había disfrutado de jugar con otro niño.

Por esto motivo estaba muy agradecido a Giorgio por su amistad.

Gabriele contó todo al príncipe y al hermano de Andrea. Giorgio empezó a gritar sintiendo todo el dolor que le estaba saliendo de su interior. Se acordó de aquel día cuando su papá estaba en casa un verano y se fueron toda la familia a pasar el día fuera. La *mamma* por la mañana temprano cocinó preparando la comida para llevar y cuando todos estuvieron preparados subieron al carro y cogieron el camino hacia el lago. Durante el camino los críos jugaban entre ellos y los padres eran felices de verlos así de contentos.

Cuando llegaron al estanco los hermanos se fueron corriendo.

El papá cogió la ropa para pescar y se acercó a la orilla, mientras la madre había puesto una manta y se había sentado. Andrea y Giorgio jugaban con el arco y las flechas mientras Marco corría detrás de las ranas.

El joven estaba sumergido en aquel recuerdo. Su presencia se había trasladado a aquel momento tan mágico y lleno de amor y cuando volvió en sí una gran rabia se apoderó de él. En aquel momento juró que haría justicia para su *mamma* y tomó la firme resolución que de cualquier manera salvaría a su hermana.

Andrea estaba muy débil, tenía frío y estaba deshidratada. Una voz dentro de sí le decía de no luchar, de rendirse. Poco a poco Andrea se dejó ir y cayó en un sueño profundo y empezó a viajar por mundos desconocidos para ella. Se sentía muy ligera y de repente se encontró en una habitación muy agradable. La estaban esperando. Había una figura femenina que le acarició la cara. Andrea se dio cuenta que aquella figura era su *mamma* que la estaba abrazando. La *mamma* la tumbó sobre una mesa y empezó a ponerle cristales en diferentes partes del cuerpo. Un cristal de color índigo sobre la cabeza, otro color violeta en el entrecejo, uno azul en la garganta. Apoyó otro de color verde en el pecho, uno amarillo en el abdomen y uno rojo en los órganos reproductivos. Los cristales empezaron a calentarse hasta instalarse en el cuerpo de Andrea. La *mamma*, mientras tanto, dibujaba símbolos sobre ella. Dibujó una estrella sobre la cabeza, una espada de luz sobre la columna, una serpiente en su abdomen. Luego se giró hacia el norte y empezó a repetir:

—Acuérdate que eres amada.

Si giró hacia el oeste y dijo:

—Acuérdate de amar mucho.

Se giró hacia el este y dijo:

—Acuérdate de servir a tu país y operar siempre para el bien de todos los seres sintientes.

Finalmente se giró hacia el sur y dijo:

—Acuérdate de no abusar de tus poderes y de mantenerte humilde.

Terminado de pronunciar las fórmulas puso las manos sobre el amuleto que tenía Andrea en el cuello y le transmitió todos los poderes y las fuerzas que pertenecían a sus antepasados. El cuerpo de Andrea se iluminó. Los cristales se iluminaron y Andrea recibió una fuerza grandísima que se cristalizó en su esqueleto. Cada célula de Andrea ahora tenía todas las fuerzas y los talentos de toda su estirpe. Cuando el proceso terminó la *mamma* de Andrea le besó la frente, le acarició la mejilla y le susurró en el oído:

—¡Recuerda quién eres! ¡Recuerda que siempre estaré contigo! Cuando lo necesites solo tienes que buscarme en el silencio, en tu corazón. Búscame allí donde la forma no existe, pero donde existe la realidad. ¡EL VACÍO! ¡TODO ES VACÍO! BÚSCAME EN EL SONIDO DEL VACÍO. Lo que no ves no significa que no exista, significa que está en el invisible. Te quiero amore mío, siempre estaré a tu lado.

Andrea volvió a su cuerpo y se secó las lágrimas, agradeció a su *mamma* por todo lo que le había hecho. Hizo un esfuerzo y consiguió levantarse. Cogió el amuleto, estiró los brazos se concentró y destruyó la piedra que tapaba la cueva.

Mientras tanto, Giorgio y el príncipe habían llegado a la casa Duran. Allí encontraron al dueño Antonio casi muerto pero le dijo donde estaban los ladrones. Siguieron las manchas de sangre porque el ladrón estaba herido y llegaron dentro del bosque. Andrea se acercó en silencio a una ventana de la cabaña donde estaban escondidos los bandidos.

Alguien la cogió por detrás. Era el príncipe que la atrajo hacia él y la abrazó fuerte. Le dio un largo beso y luego se lanzó hacia la puerta de la cabaña. El príncipe mandó a sus soldados entrar.

Comenzó una lucha tremenda y Giorgio y el príncipe mataron a los ladrones.

Cuando Giorgio se dio cuenta de que todo había terminado corrió hacia Andrea, la abrazó fuerte y le dijo que la quería mucho. Estuvieron algunos instantes unidos y en silencio. Giorgio pudo sentir durante el contacto con la hermana el cambio que ella había tenido. Percibió la fuerza, la determinación, la claridad del espíritu que ahora vivía en Andrea.

El príncipe se acercó a ella y le pidió casarse con él. Fue un momento intenso donde el tiempo no existió. La mirada fue tan profunda que ambos se vieron. Las almas se reconocieron. Los corazones se unieron y se volvieron una sola alma. Sin dudar Andrea dijo que sí. Se casaría con él.

Volvieron al castillo y al día siguiente empezaron con los preparativos de la boda. Toda la ciudad era una fiesta por aquella maravillosa noticia.

La fecha de la boda fue puesta para tres semanas después.

Los tres hermanos ya se habían mudado a vivir al castillo. El día de la boda, mientras Andrea se estaba preparando para la ceremonia, llamaron a la puerta. Ella abrió y se encontró con una enorme maceta de flores. La cogió y detrás estaba su papá, dejó caer la maceta y abrazó fuerte a su querido padre. Se contaron todo lo que había sucedido y Andrea le contó lo que su *mamma* le hizo y la transformación que tuvo.

El papá le comunicó que ellos siempre habían sabido que ella estaba predestinada para gobernar la ciudad y que tenía que ayudar a las personas.

Los padres lo sabían y la habían preparado para que su destino se cumpliera. Ella había nacido para servir y ayudar a su país y tenía que hacerlo de manera honesta y humilde.

Después la cogió suavemente por la espalda y empezaron a caminar hacia la iglesia del castillo donde se celebraba la ceremonia.

El destino de Andrea se estaba cumpliendo. Se estaba casando con su verdadero *amore* y había encontrado el propósito de su vida: ayudar a las personas.

Ella se ponía al servicio de una Voluntad Superior.

LA MENTE SE PONE AL SERVICIO DEL CORAZÓN.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

Esta edición del taller dio mucho de sí y surgieron bonitos escritos en los ejercicios previos a la escritura del cuento principal, que no nos hemos podido resistir a incluir en esta edición.

ANA BELÉN MARTÍNEZ SOLER

Érase una vez una galleta llamada María, bajita, redondita, ¡una galleta normalita! llenita de agujeritos que le habían ido haciendo a lo largo de su vida.

Un día paseando por el bosque se encontró un gran lago que nunca había visto, un lago lleno de chocolate.

Nunca se atrevió a mojarse por miedo a romperse y desaparecer, pero ese día se llenó de valor y se lanzó al lago...

Al salir, no solo estaba enterita, redondita e igual de bajita, sino que esos agujeritos se habían llenado de chips de chocolate estupenditos, y decidió cambiar su nombre por:

«MERICHIPS»

Y colorín colorado Merichips ha cambiado.

La vida es un viaje,
un viaje que pasa volando.
Somos nosotros mismos
quienes vamos haciendo nuestro camino,
en ocasiones decidiendo
qué queremos cargar en nuestra maleta.
Poniéndonos obstáculos y miedos,
que pueden ser llevados por el viento.
¡Es el momento de dejarlos ir!

BELÉN LÓPEZ LÓPEZ

En lugares y momentos de intimidad, hay mensajes que uno mismo se deja cuando se encuentra y se abraza, pero que en el ruido de la rutina se desvanecen hasta traducirse en nostalgia fría. Y un día que se recuerdan, te persiguen con la fuerza y el ansia de ser de nuevo escuchados.

¿CON QUÉ ME SORPRENDERÁ EL MUNDO A CONTINUACIÓN?

Érase una vez una pluma pelada, cansada y escarchada, porque había recorrido el invierno en un lecho mal hecho. Cuando aterrizó —con la buena suerte de caer firme clavándose en la tierra— alzó la vista y brotó. La lluvia lavará su rostro pelado, la mullida tierra la arropará cansada y el calor de hogar destilará su agua escarchada, convirtiéndola en esencia perfumada.

FUTURO SIN LÍMITES NI DIFICULTADES

He aquí la explosión. Nunca antes pudimos oler tan bien, sin perfume de juicio ni máscaras de falsas creencias. No andamos desnudos pero se ven las entrañas. La cena está servida; se come caliente. Y cuando los cuerpos se encuentran se descubren con el entusiasmo de quien descubre un universo para compartir sin ánimo de invasión.

MARÍA REBECA ALVEAR BELTRÁN

¿Y TÚ DE DÓNDE VIENES?

Yo vengo de otro océano
encantada por este viejo mar,
los refajos son iguales
a las sirenas de mi mar,
oigo las castañuelas clac, clac, clac
como cuando en mi danza
disfrutaba sin parar.

Al cruzar a otro mar,
me encontré con una orca
era grande y hermosa
dispuesta siempre a ayudar,
me ayudó a cruzar presurosa
porque la marejada venía y me
arrastró a la bahía,
dejándome en este mar
en el que pude volver a soñar.

GEMA SEGURA GARCÍA

TRES FRASES QUE DEFINEN EN SEIS PALABRAS

PRIMERA INFANCIA

Se comió el mundo, después vomitó

JUVENTUD

Cuando maduró quiso volver a empezar

MADUREZ

La vida era un gran juego

RAFFAELLA GUERCI

Cuando todo parece que va a acabar
la vida te envía ayuda para que te
puedas levantar y volver a nacer.
Para ser una estrella necesitas
perderte, necesitas encontrarte en el caos
destruirte, perderte, dejar tu lugar,
llegar a desmaterializarte para luego
renacer como un ave Fénix, como una estrella más fuerte,
ligera, en el recorrido que tú misma elegiste.
¡Para Encontrarte solo tienes que Abrazarte!

Fuerza Raffy, ya has llegado. Ya estás casi. ¡¡Un dos tres!! ...muerta, estoy muerta. ¡No puedo más! Pongo las manos dentro del agua, tiene un color verde cristalino y se ve el fondo. Multitud de peces viven dentro el lago. Me mojo la cara y me sumerjo. De repente, en el centro del oasis comienza a crearse una ola que avanza y se hace cada vez más grande. Siento que me arrastran hacia el fondo y me encuentro con un Ser Luminoso que me susura que tengo mucha vida y tengo que disfrutarla.

Esta primera edición de *El disfraz y otros cuentos*
se acabó de imprimir y encuadernar en diciembre
de 2021.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen decimotercero se han recogido los cuentos escritos por:
Gema Segura García, Belén López López,
Ana Belén Martínez Soler, María Rebeca
Alvear Beltrán y Raffaella Guerci.
Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los
días 22, 23 y 24 de octubre de 2021 en La
Casa de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-7-4



978-84-120981-5-0